

¡Tierra y Libertad!

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 " "
 Extranjero . . . 1'50 "

PROTESTA POPULAR CONTRA UN ATROPELLO AL DERECHO DE GENTES

La paz armada, funesto error sostenido y fomentado en el seno de la civilización moderna, como consecuencia de otros errores tradicionales no menos graves que perturban el racional funcionamiento de la sociedad humana, ha producido sus fatales consecuencias: la guerra europea.

Esa guerra, que pone frente a frente muchos millones de hombres terriblemente armados, apenas declarada, ha producido escaramuzas más sangrientas y destructoras que las antiguas batallas, y amenaza con batallas que la imaginación compara con lo que podría resultar del choque de nuestro globo con un excéntrico cometa.

Para esa guerra se había militarizado y acuartelado la ciencia, y esa grandiosa manifestación de la inteligencia humana, que ha producido maravillas y está destinada a socializar la paz y la felicidad de las generaciones futuras, se ha visto obligada a refinar los armamentos, llevando el poder destructor al fondo de los mares y a las más elevadas regiones de la atmósfera, manchando con la negra silueta de los voladores y los dirigibles militares la bella coloración del iris de paz.

En España, declarada neutral, se han sentido los primeros efectos de la guerra, ocasionando la perturbación del crédito, la paralización de los trabajos, la repatriación de los trabajadores españoles residentes en países en estado de guerra y la expulsión de extranjeros pobres; eso sin contar la carestía de las subsistencias y la codicia de usureros y agiotistas.

Para hacer frente a la anomalía de la situación, en Barcelona, la autoridad y la burguesía, de acuerdo con el gobierno, se han ingeniado de modo que un éxito aparente ha coronado sus esfuerzos: componendas moratorias han evitado quiebras de gran bulto por el momento, aunque no hayan evitado ruinas parciales de gravedad, que quedan aplazadas o que se irán presentando algo más lentamente; trabajadores, parados a miles, quedan abandonados al hambre y al desahucio, pero, consolados con la promesa de emprender grandes obras en proyecto, que yacían olvidadas en polvorientas carteras, ya se irán muriendo poco a poco sin alterar el orden...

Lo que ha conmovido profundamente a nuestras autoridades y a nuestros privilegiados locales ha sido ver las inmediaciones de la estación de Francia convertidas en campamento de repatriados o de expulsados del extranjero. El temor de que las exigencias apremiantes de la necesidad bicieran lo que no es capaz de hacer la conciencia del derecho individual socialmente desconocido, aguijoneó la mentalidad del patriótico barcelonés para sacudirse aquella irrupción plebeya: pronto se arbitró el recurso de un rancho y un techo provisional, y trenes y barcos para extender la calamidad por toda España.

Quedaba pendiente el asunto de los extranjeros pobres, y la solución que se le ha dado merece durísima censura y enérgica protesta.

En tiempos normales—y en España la normalidad se halla sostenida por su neutralidad en la actual guerra europea—, tiene derecho de residencia todo extranjero mientras no falte a sus leyes o no sea reclamado en virtud de la ley de extradición. En virtud de tal derecho y cumpliendo recíprocamente sus deberes, residían en España algunos trabajadores franceses y otros ingresaron a consecuencia de la declaración de guerra. Entre muchos que pueden hallarse en los dos casos anteriores, han sido expulsados 28, considerados como sospechosos e indocumentados, recurriendo, respecto de algunos, a motivos falsos, probablemente, respecto de todos, faltando a las más elementales nociones de justicia y poniendo a todos en peligro de muerte, que tal vez, a la publicación

de la presente, se habrá convertido ya en hecho consumado.

Se sabe de dos, Antonio Boissade, que desde marzo trabajaba como peón en la Energía Eléctrica de Cataluña, como puede comprobarse en los libros de dicha compañía, y Félix Charbonnier, en condiciones análogas, ambos con sus papeles corrientes, que, no por delitos cometidos en España ni menos por reclamación de su país de origen, como seguramente ocurre a todos, han sido conducidos a la frontera francesa y dejados allí a merced de la severidad e intransigencia de la autoridad militar dominante.

Falta tan grave en un país neutral, pacífico en medio de tan grave confusión, no tiene justificación ni excusa; el derecho de gentes, regla humanitaria general para todas las naciones, sin excluir las que guerreen entre sí, ha sido desconocido en Barcelona, donde se ha castigado la pobreza con un acto que merece las más duras calificaciones del idioma que pudiera aplicar el sentimiento de justicia en el colmo de la indignación.

Esos 28 hombres, hermanos nuestros, compañeros de trabajo y probablemente luchadores por el ideal emancipador, como lo indica el hecho de ser tenidos en concepto de sospechosos por la menguada mentalidad de quienes cobran a más bajo precio los servicios autoritarios; esos infelices que no se hallaban inscritos en el registro de la propiedad, ni en el de la contribución industrial, que no poseían acciones de ninguna de esas compañías bancarias, mineras, carrilanas, manufactureras y otras que monopolizan la riqueza social y absorben el fruto general del trabajo por un artificio usurpador llamado derecho de acceso; esos prójimos, hijo de dios de amor que se adora en los templos, que se glorifica en las bienandanzas, que se invoca en la adversidad y que confiesan sin excepción cuantos han intervenido en la terrible responsabilidad que vamos exponiendo; esos trabajadores que para todo el que se tenga por liberal debían permanecer en España sin el menor rebajamiento a la altura del nivel democrático señalado por los legisladores franceses de 1789, han sido despojados de sus derechos naturales, arrancados del punto donde habían sentado su planta, y con una tranquilidad que puede calificarse de cínica aunque parezca inconsciente, han sido materialmente conducidos al matadero.

Barcelona, el "archivo de la corte-sía", frase laudatoria con que la honró el genio de Cervantes, negando hospitalidad a unos trabajadores extranjeros y exponiéndoles a tan inminente y gravísimo peligro, por culpa de quien sea el culpable, sufre menoscabo en su honra de ciudad culta y liberal.

Contra esa injusticia protestamos, a está protesta quisieramos atraer la opinión pública, y con esta demostración, aceptada y extendida, quisieramos evitar futuras transgresiones del derecho y dar fundamento y cuerpo a un estado popular que refrene, lo mismo las extralimitaciones autoritarias, que las osadías de quienes por afán de lucro intentarían detener el carro de la fortuna sacando partido de las escaseces y privaciones que nos amenazan.

En esos trabajadores extranjeros se personifica el derecho inmanente de la naturaleza humana; su desconocimiento y consiguiente atropello, en un país que por ser neutral en la descomunal contienda está obligado a permanecer equilibrado y justo, es altamente reprochable.

Rechacemos cada uno y todos juntos nuestra responsabilidad en evitación de posibles y futuros desafueros y en reivindicación de los sentimientos de libertad y justicia que ha de ser constante norma de todo pueblo culto y progresivo.

Federación de grupos anarquistas de Barcelona.

lo, en campo de ruina y de miseria. Teníamos esperanzas—no mucha—en que los socialistas podrían, ya que no impedir la horrible matanza, al menos que tuvieran la suficiente fuerza de voluntad para oponer obstáculos ante ella. ¡Vana ilusión! La verdadera realidad ha venido a demostrarnos que dentro del socialismo político existe aún el germen patriótico, germen destructor de juventudes, de ideas, de voluntades.

Nosotros, los anarquistas, pensábamos que los socialistas no descenderían al bajo nivel a que han descendido y que el socialismo político no serviría de pantalla para hacer hombres guerreros. Por un momento, en el instante mismo en que el Manifiesto francés-alemán se colocaba en todas las fachadas y plazas de Francia, pensamos que el conflicto internacional podría conjurarse.

En la actualidad toda nuestra poca esperanza desapareció.

Murió Jaurés, y la niebla tenue que cubría el horizonte mundial base convertido en tétrica oscuridad. El Sol ha perdido sus resplandecientes destellos debido a la inconsciencia de los pueblos; el suelo se ha teñido de rojo por causa del odio maldito de las razas, y los más cultos de esos seres, los más inteligentes, los más ardientes partidarios de la paz, se han ofrecido a los ministros de la Guerra de sus respectivos países para guiar el rebafío esclavo al matadero.

Gustavo Hervé, en Francia, y Vandervele, en Bélgica, se ofrecieron a la patria como oficiales, cosa que, lógicamente hablando, equivale a renegar del socialismo o a convertirlo al menos en instrumento del capital.

Se alegrarán muchas cosas para justificar su actitud ante este sanginario conflicto; pero lo que jamás podrán justificarnos es su vergonzosa actitud de guerreros frente a la guerra europea. Nuestros hermanos, los que todavía siguen la pacífica corriente del socialismo político, pueden juzgar y decirnos si el socialismo puede ser un instrumento de guerra.

¡Hervé, oficial del ejército francés! ¡Qué vergüenza para un partido antipatriótico! ¡Qué insulto para la clase trabajadora!

NICOLÁS GUALLARTE

Zaragoza.

Infalibilidad pontificia

Ha muerto un hombre que, por el puesto que ocupaba, era considerado como infalible.

De él dice un diario, como expresión general de la opinión: "Pío X era un hombre de bien y un santo, pero su capacidad para el cargo que desempeñó no corría parejas con sus virtudes."

Como pontífice no podía engañarse ni engañar, y como hombre se equivocó como un cualquiera.

Nada nos interesa como ateos la muerte de un hombre que representaba una ficción anacrónica y antiprogresiva; pero, aprovechando el suceso como motivo de propaganda, hacemos notar el absurdo de que la autoridad suprema, la espiritual, aquella que los creyentes consideran como origen de la autoridad temporal, haya sido ejercida por un hombre de quien dice un diario: "venía muy ancha la tiara a su noble cabeza de patriarca campesino."

Añadiremos que ha muerto a tiempo, ya que puede considerarse su muerte, producida por una agravación de sus achaques por el estallido de la configuración europea, como una protesta contra la guerra, y le ha evitado haber de bendecir al vencedor.

Esa bendición queda para el sucesor que resulte de la alta cámbala que se pondrá en juego para nombrarle.

¡Abajo la guerra!

Aunque esta locura está en su apogeo, no por eso dejaremos de gritar por la paz y por la dignificación humana.

Ni las guerras pasadas, ni las presentes, ni las que vengan, porque vendrán si los obreros siguen siendo imbéciles, tuvieron, tienen y tendrán una razón humana en que justificarse, pero ellas tuvieron, tienen y tendrán una explicación en sus respectivos regímenes.

Las guerras de ideas acabaron; hoy, y probablemente las de mañana, tienen una base de rapiña comercial.

La guerra actual no es más que esto último.

Sin embargo, aunque ninguna batalla sería se ha realizado cuando esto escribimos, excepción de la efectuada

en territorio belga, donde los alemanes han dejado un tercio de sus tropas, podemos afirmar que por esta vez serán los agresores los que pagarán el pato, de lo que nos alegramos.

Y nos alegramos, porque nuestro yo reclama la venganza del agresor de estos crímenes espantosos, y nos alegra, porque si esta guerra nos retrogradará de medio siglo, el triunfo de los agresores lo haría de un siglo o dos.

El militarismo alemán dejaría caer su férrea mano sobre el resto de Europa y acaso del mundo; pero por esta vez casi podemos asegurar que la Alemania y su aliada la Austria Hungría quedarán reducidas a la impotencia y seguros estamos que ni la Francia ni la Inglaterra se detendrán hasta llegar a tal resultado.

En medio del mal será el menos. La Alemania no sólo pesa comercialmente sobre las otras naciones sino que hasta es un freno para el avance de las ideas.

La Social Democracia alemana es el freno que el socialismo encuentra siempre entre sus ruedas. Sus sindicatos semicorporativos, semicooperativos, semipolíticos y socorromutualistas, son una losa bajo la que no pueden moverse los sindicatos de otros países.

Por lo demás, la guerra actual no ha podido sorprender a nadie que de asuntos internacionales se preocupe. Pudo evitarse cuando los de los Balcanes, pero aquella guerra agravó la situación austriaca y alemana. Las quiebras que produjo en ambos países, los miles y miles de obreros sin trabajo eran los síntomas característicos del mal.

El poder que se ha dado al militarismo debió forzosamente conducirnos a este resultado.

Es el partido militarista austriaco el que ha conseguido del viejo Francisco José la declaración de guerra contra la Serbia.

Nadie que tenga sentido común admitirá la responsabilidad de la Serbia en el atentado de Serajevo; pero el sentido común no se ha creado para los que tienen por misión matar y no producir. La Serbia no puede ser una enemiga de la Austria Hungría porque sus 5 millones escasos nada son ante los 55 de su rival, pero una alianza balcánica no es dudosa y entonces las cosas pueden cambiar para Austria como cambiaron para Turquía.

Además, Serbia sin puertos, su comercio debía hacerse por los ferrocarriles austro húngaros; la última guerra, la Austria ha conseguido no darla salida al mar y ha surgido la Albania, pero la misma ha hecho que su comercio se haga por Montenegro, que baña el mar.

Todo tiene explicación. La oposición de la Ausia no es por defender la raza eslava sino por evitar que Austria-Hungría se convierta en un poder terrible para el inmenso imperio zarista.

Aquí las cosas, lo lógico era que Rusia declarara la guerra a Austria o esta a Rusia, pero ha sido la Alemania quien la declara a la Rusia y a la vez pretende entrar en Francia sin declarar la guerra y se mete en el terreno neutral de Bélgica.

Todo esto se explica si se sabe que Italia apoyaría a Alemania caso de ser atacada por Francia. Como el ataque se considera, más que él en sí, la declaración de guerra, he aquí el juego de Alemania.

Pero le ha resultado mal. Italia no podía tomar parte sin exponerse a una revolución interior. Los últimos sucesos huelguísticos le han demostrado la debilidad en que la monarquía de Saboya se asienta. Además, su rivalidad agrícola está en Austria y su rivalidad industrial en Alemania, más que en Francia. Por mar es Austria y los Balcanes quienes pueden hacerle la concurrencia y ha buscado el mejor medio de no mezclarse; de verse obligada a intervenir lo haría en contra de sus antiguas aliadas.

El resultado de esta guerra es casi previsto. Guillermo II dijo que Europa sería suya antes de Navidad, pero puede resultar que sea la isla Santa Elena como fué la de Napoleón.

Muchos creían imposible esta clase de guerras; creían que las ideas que iluminaban su mente habían penetrado en el cerebro proletario y dormían sobre las pajas. Hoy ven el error. Nosotros hemos visto en el aumento del militarismo cada vez más cerca la catástrofe.

Los pueblos no podían soportar tan pesada carga, y no había más que dos soluciones: o la guerra, que al fin nada arreglaría definitivamente, o la revolución proletaria.

Creernos más cerca de ésta que de la guerra es sentar plaza de pobres analizadores.

Claro está que es la guerra la que

dando armas al pueblo puede provocar la revolución, pero para hacer la revolución se precisan los revolucionarios.

Como decíamos en el artículo anterior se han hecho cotizantes, pero cerros para la emancipación. Por eso los cuatro millones de votos socialistas alemanes y los dos millones y medio de sindicados en la Internacional no sólo no han hecho por impedir la guerra, sino que sus leaders, en vez de procurar negar la razón al Emperador, cerraron sus bocas, le estrecharon las manos y se fueron a matar franceses y rusos.

Los generales de la Confederación francesa chillaron contra la guerra, amenazaron con la revolución, pero al fin, acabaron por recomendar a sus soldados que cumplieran como buenos franceses, que equivale a decir que mataran muchos alemanes.

Aquí, en Londres, no sólo hemos presenciado manifestaciones y hechos vituperables, sino que sedicentes socialistas, sindicalistas y anarquistas franceses, se han apresurado a volver a Francia para *casser la gueule aux allemands*.

Desgraciadamente las ideas emancipadoras no han penetrado en el fondo del corazón proletario; el pasado es tan duro que no han podido perforarlo las nuevas ideas.

Esto no es un secreto, o no debe serlo para los que esgrimimos públicamente las ideas, por esto nos han extrañado las conclusiones que sobre estas cosas han hecho ciertos colegas.

Las explicaciones que acabamos de hacer sacarán del error a que sus buenos sentimientos ha conducido a los amigos de *Acción Directa* y las falsas conclusiones de un excelente artículo de *El Trabajo*, de Logroño.

No, amigos de *Acción Directa*; el obrero no llegará en mucho tiempo a ese acuerdo por su bien.

No, amigos de *El Trabajo*, la guerra actual no será un bien para los trabajadores, ella nos retrasará, cualquier sea la solución. Por eso grito y gritaré: ¡Abajo la guerra!

v. GARCIA

Nicolás Estévanez

Damos con pena la noticia: Nicolás Estévanez ha muerto.

Con él hemos perdido un simpático, un compañero. No podía serlo: pertenecía al número de los que confundían las ideas *Sociedad y Estado* y creen en decretos revolucionarios y en leyes buenas.

Esa confusión, mejor dicho, ese error, pegado como rémora a su buen juicio y a su bondadoso carácter, le apartaba de la anarquía sin dar eficacia a su ideal republicano.

Así se pierde la energía y la actividad de no pocos burgueses cultos cuya inclinación enerva su voluntad.

Como amigo y aun como anarquizante nos animaba por sentimiento revolucionario; pero, político al fin, creyó en una república de su invención, sin correligionarios posibles, ya que a los que querían pasar por tales los había visto desde la altura del ministerio de la guerra de la república española, y tuvo que defenderse de ellos poniendo en la puerta de su despacho este cartelito: "Aquí no se dan destinos, ni dinero, ni nada."

Fué Estévanez hombre de bien y murió pobre, dícese de él como elogio; y la verdad es que esas cualidades, propias de cualquier medianía, le impidieron despreciar los convencionalismos tradicionales que impiden al genio lógico y bravo saltar al campo de la anarquía para ser verdaderamente revolucionario.

Hay virtudes que adornan al que las posee; le sientan bien como un traje limpio y bien hecho, y le producen simpatía y aprecio de quienes le tratan y conocen; pero un apóstol, un revolucionario, un héroe capaz de sacrificarse en aras de la verdad y la justicia por amor a la humanidad no suele vestir a la moda.

LOS IRREDENTOS

Los vi, sí, allá en el circo, formando un todo homogéneo montón de estiércol, basura humana; ora vociferando, pateando y silbando como locos, ora aplaudiendo frenéticamente como sugestionados, lanzando sus prendas cabeceras al redondeo, al mismo tiempo que soltaban frases de un entusiasmo viviente, latente en aquellos seres degenerados, embrutecidos...

Los vi también en la calle, en el paseo, formando grupos en los cuales se bromea de una forma estúpida, baja, inmoral, o bien discutiendo horas en-

El socialismo político frente a la guerra europea

Al conocerse los primeros síntomas de esa gran matanza llamada guerra europea, aun creíamos que el socialismo continental impediría ese crimen de lesa humanidad, ese asesinato legal de proletarios; por desgracia, los he-

chos han venido a demostrarnos que la poderosa (!) fuerza con que contaba el socialismo político europeo era una fuerza muerta, dirigida por unos cuantos enterradores que a toda costa quieren matar en el verdadero pueblo la única fuerza que le resta, la fuerza impulsiva de la revolución.

Y, mal que nos pese, lo han conseguido. La Europa se ha transformado en cementerio, y el mundo, a no dudar-